

El cuerpo en la modernidad: un espacio de debate entre lo público y lo privado

The body in modernity: a space for debate between the public and the private

Recibido: 18 de septiembre de 2025

Aceptado: 09 de diciembre de 2025

Montserrat Estefania Palma Licea

Norma González González

Resumen

Este artículo analiza la configuración del cuerpo como un espacio político central en la modernidad y su fase neoliberal. A partir de aportes de Arendt, Foucault, Bourdieu, Rubin, Haraway, Harvey, Fraser, Scholz, Segato y Valencia, se argumenta que el cuerpo no puede entenderse como un ámbito privado, sino como un territorio donde se articulan formas históricas de disciplinamiento, mercantilización, violencia extrema y resistencia comunitaria. La modernidad instituyó una separación entre naturaleza y cultura que desplazó el cuerpo hacia la esfera de la necesidad, legitimando su regulación institucional y su subordinación a la racionalidad productiva. El neoliberalismo profundiza este proceso al convertir la corporalidad en mercancía y recurso económico, mientras que fenómenos como la narcocultura y el capitalismo gore transforman el cuerpo en un dispositivo comunicativo de poder y soberanía. Frente a estas dinámicas, los feminismos comunitarios proponen la noción de cuerpo-territorio, que permite comprender la violencia y el despojo como procesos encarnados, así como las potencialidades de resistencia y reexistencia. El artículo sostiene que el cuerpo constituye un punto nodal para analizar las tensiones contemporáneas entre poder, violencia y vida, y propone una lectura integral que articula economía política, crítica feminista y geografía del cuerpo.

Palabras clave: cuerpo, modernidad, público/privado, neoliberalismo, violencia, feminismo.

Abstract

This article examines the body as a central political space within modernity and its neoliberal phase. Drawing on the works of Arendt, Foucault, Bourdieu, Rubin, Haraway, Harvey, Fraser, Scholz, Segato, and Valencia, it argues that the body cannot be understood as a private domain but rather as a territory where historical forms of disciplinary power, commodification, extreme violence, and community resistance converge. Modernity established a separation between nature and culture that relegated the body to the realm of necessity, legitimizing its institutional regulation and incorporation into productive rationalities. Neoliberalism intensifies this process by transforming the body into a commodity and economic resource, while phenomena such as narcoculture and gore capitalism turn the body into a communicative device of power and sovereignty. In response, community feminisms propose the notion of body-territory, which reveals both violence and dispossession as embodied processes and highlights the potential for resistance and re-existence. The article concludes that the body constitutes a key analytical locus for understanding contemporary tensions between power, violence, and life, offering an integrative approach that connects political economy, feminist critique, and embodied geographies.

Keywords: body, modernity, public/private, neoliberalism, violence, feminism.



Introducción

El cuerpo se ha convertido en una categoría central para comprender los procesos sociopolíticos que atraviesan las sociedades contemporáneas. Desde finales del siglo XX, las ciencias sociales han cuestionado las explicaciones biologicistas para demostrar que el cuerpo no es un mero soporte orgánico, sino un espacio social de inscripción cultural, histórica y política. Bajo esta premisa, el cuerpo constituye un territorio donde convergen mecanismos de poder, normas sociales, formas de violencia y posibilidades de resistencia. No obstante, persiste una tensión fundamental en torno a la configuración del cuerpo donde requiere cuestionarse ¿el cuerpo es un ámbito privado y autónomo o un espacio público regulado y disputado?

Este artículo parte de la premisa de que, en la modernidad —comprendida no solo como el proyecto civilizatorio europeo basado en la razón, el progreso y la separación entre lo público y lo privado, sino también como su fase neoliberal caracterizada por la mercantilización de todas las dimensiones de la vida—, el cuerpo ha dejado de ser entendido como una propiedad individual para convertirse en un objeto social de intervención institucional, disciplinaria, económica y mediática. Bajo esta perspectiva, el cuerpo contemporáneo se ubica en un punto crítico donde se entrecruzan tecnologías de vigilancia, discursos normativos, economías globalizadas y violencias extremas.

El problema que guía este estudio consiste en analizar cómo el cuerpo se transforma en un espacio eminentemente público, producido por regímenes de poder que lo someten continuamente a mecanismos disciplinarios (Foucault), lo socializan (Bourdieu y Turner), lo colocan en una frontera ambivalente entre necesidad y acción (Arendt), y lo convierten en territorio de violencia y mensaje político (Segato; Valencia). En esta línea, la pregunta central que orienta el análisis es: ¿de qué manera los procesos de modernidad y neoliberalismo reconfiguran la relación entre cuerpo, poder y espacio público, y cómo dicha reconfiguración se expresa en las violencias y disputas actuales sobre la corporalidad?

El objetivo del artículo es examinar la construcción del cuerpo como un territorio político donde se inscriben prácticas de disciplinamiento, formas de mercantilización neoliberal, pedagogías de crueldad y dinámicas de espectacularización de la violencia, al mismo tiempo que se identifica cómo el cuerpo constituye un espacio de resistencia, reapropiación y lucha por la autodeterminación corporal, particularmente desde los feminismos y los movimientos sociales contemporáneos.

Para ello, el texto se organiza en cinco secciones. En la primera sección se desarrolla el marco teórico que concibe el cuerpo como construcción social y política; en el segundo apartado se examina la distinción entre lo público y lo privado desde la filosofía política y los feminismos, en la tercera parte se analiza la modernidad y el neoliberalismo como regímenes que mercantilizan y expropián el cuerpo, en la cuarta parte se abordan las formas extremas de violencia que convierten la corporalidad en mensaje y mercancía, particularmente a través de la pedagogía de la crueldad y el capitalismo gore. Finalmente, en la quinta y última sección se incorpora la perspectiva de la geografía feminista y los feminismos comunitarios para comprender el cuerpo como territorio en disputa.

En conjunto, esta introducción establece el marco desde el cual se sostiene la tesis central del artículo, enfocado en analizar el cuerpo que, lejos de constituir un ámbito privado, es hoy un espacio profundamente público donde se articulan las principales disputas políticas, económicas y simbólicas de la modernidad neoliberal.

El cuerpo como construcción sociocultural: aportes teóricos para una genealogía crítica

La comprensión del cuerpo como una entidad socialmente producida representa uno de los desplazamientos epistemológicos más relevantes del pensamiento contemporáneo. Lejos de concebirse como mero soporte biológico, el cuerpo emerge como un espacio de inscripción histórica, política y cultural donde se objetivan las relaciones de poder, las tecnologías de gobierno y los dispositivos discursivos que configuran lo humano. Este giro, consolidado en las ciencias sociales desde la década de 1970 (Ayus & Eroza, 2007), significó desafiar el paradigma naturalizante que había reducido el cuerpo a un organismo, a un ente netamente biológico desatendiendo su carácter de superficie simbólica, performativa y regulada por estructuras sociales (Turner, 1994).

La obra de Michel Foucault constituye uno de los fundamentos clave para comprender este desplazamiento, al proponer una genealogía de los mecanismos mediante los cuales la modernidad se desplegó sobre los cuerpos haciéndolos dóciles, útiles y regulados, articulando un régimen de seguridad basado en la vigilancia, la disciplina y la normalización (Foucault, 2009). Desde esta perspectiva, el cuerpo no preexiste a las relaciones de poder, sino que es producido por ellas mientras es modulado por un vasto entramado institucional que lo observa, lo clasifica y lo ajusta a los imperativos de la vida social. El paso de los suplicios públicos a las tecnologías disciplinarias pone de relieve, precisamente, la transición del cuerpo como objeto de espectáculo de la soberanía a un objeto central de observancia y control del gobierno moderno.

A este análisis se suma Pierre Bourdieu, para quien el cuerpo constituye el espacio privilegiado donde se incorpora el *habitus*, es decir, la estructura social hecha carne. Las disposiciones de género, clase y posición social se inscriben en gestos, posturas, sensibilidades y esquemas perceptivos que naturalizan las jerarquías sociales (Bourdieu, 2000). De este modo, el cuerpo funciona como una especie de archivo de lo social, una memoria práctica que reproduce, de manera no consciente, las relaciones de dominación a las que fue sometido, incluso antes de su nacimiento, donde el género, por ejemplo, aparece como una práctica corporalizada que delimita posibilidades de existencia y movilidad de los sujetos.

La teoría feminista amplió esta crítica, mostrando que la construcción del cuerpo está anclada en sistemas patriarcales que han organizado la vida social a partir de una diferencia sexual interpretada como un fundamento natural. El análisis clásico de Gayle Rubin (1975) sobre el sistema sexo/género evidencia cómo la subordinación de las mujeres se sustenta en prácticas de intercambio, regulación de la sexualidad y reproducción, mientras que, para Rita Segato el cuerpo femenino ha sido históricamente configurado como territorio sobre el cual se ejercen violencias pedagógicas destinadas a preservar el orden patriarcal (Segato, 2003, 2017, 2018). En este marco, la violencia contra las mujeres no es una desviación, sino un mecanismo estructural para sostener jerarquías de género.

De igual manera, Donna Haraway (1995) desestabiliza las fronteras entre naturaleza y cultura, argumentando que los cuerpos son ensamblajes híbridos mediados por tecnologías, discursos y prácticas científicas. Su noción de “cuerpo cyborg” permite pensar cómo lo corporal es un producto de articulaciones materiales y simbólicas que desafían la idea de una esencia biológica. Así, esta perspectiva abre la puerta a considerar las disputas contemporáneas por la producción y articulación de cuerpos en contextos tecnocientíficos que responden a las demandas del sistema económico y cultural actual.

Por su parte, los análisis provenientes de los estudios del desarrollo y la crítica al capitalismo (Rist, 2002; Harvey, 2007; Fraser, 2023; Scholz, 2013) permiten situar la producción social del cuerpo dentro de un sistema económico que mercantiliza la vida. La modernidad, con su énfasis en el progreso, el desarrollo, la racionalidad y la separación entre naturaleza y cultura, instauró una forma particular de relación con el cuerpo convirtiéndolo en un recurso productivo, una fuerza de trabajo y una mercancía (Harvey, 2007). Bajo el sistema neoliberal, esta mercantilización se potencializa, impulsando la autogestión corporal, la estetización, la optimización y la autoexplotación como mandatos culturales. La lectura crítica de Raquel Gutiérrez y la ampliación conceptual del capitalismo como productor de cuerpos desechables (Fraser, 2023; Scholz, 2013) permiten comprender cómo el cuerpo se vuelve escenario de despojos, precarización y violencia estructural.

Desde otro horizonte crítico, los aportes fenomenológicos señalan que la experiencia del cuerpo es siempre situada. Merleau-Ponty (1993) propone que la corporalidad es la condición de posibilidad de todo conocimiento y acción, un “yo puedo” que se constituye en el mundo y con otros. Esta perspectiva permite articular las dimensiones subjetivas de la corporalidad con las estructuras sociales que lo limitan o habilitan. Así, Micieli (2007) en esta línea de análisis, argumenta que la manera en la que el cuerpo constituye un territorio político cuya materialidad y experiencia encarna las luchas por el reconocimiento, la dignidad y el poder.

Las discusiones contemporáneas sobre violencia, necropolítica y capitalismo en América Latina (Segato, 2003; Valencia, 2010) muestran cómo el cuerpo opera como una superficie de inscripción de violencias extremas y simultáneamente como espacio estratégico de resistencia. La espectacularización de la violencia en contextos como México lleva a la producción de cuerpos “marcados”, disciplinados y expuestos como mensajes políticos (Segato, 2018), mientras, al tiempo, impulsa prácticas colectivas de apropiación identitaria y defensa comunitaria.

Es por ello por lo que, bajo estas premisas, el cuerpo debe comprenderse como un entramado complejo donde convergen poder, economía, discurso y subjetividad. Esta perspectiva, sustentada en tradiciones críticas feministas, foucaultianas, fenomenológicas y de teoría social, permite delinear una genealogía del cuerpo que explica cómo sus formas, límites y significados emergen de condiciones históricas e institucionales específicas. El cuerpo, desde esta mirada, no solamente es un objeto de regulación, sino un lugar de disputa donde se juegan procesos de dominación, pero también posibilidades de resistencia y re-existencia.

Modernidad, neoliberalismo y la reorganización política del cuerpo

Comprender el estatuto contemporáneo del cuerpo implica situarlo en las transformaciones políticas, económicas y epistémicas que inaugura la modernidad. Este proyecto histórico, surgido en Europa entre los siglos XVII y XVIII, no solo significó el advenimiento de la razón y del sujeto autónomo, sino también la producción de un nuevo orden corporal. La modernidad instauró una separación ontológica entre naturaleza y cultura, cuerpo y mente, sujeto y objeto, lo que permitió concebir a la corporalidad como materia disponible, manipulable y subordinada a la racionalidad instrumental (Rist, 2002). Desde esta separación fundacional, el cuerpo fue desplazado del espacio de la acción política (Arendt, 2006) y reubicado en la esfera privada de la necesidad, el trabajo doméstico y la reproducción biológica. Esta operación epistemológica consolidó una noción de cuerpo como entidad precultural y subordinada, cuya gestión correspondería a instituciones médicas, familiares y religiosas, pero rara vez al debate público.

Sin embargo, la modernidad no solo reorganizó el lugar simbólico del cuerpo, sino también su función material dentro de la economía emergente. La acumulación originaria del capitalismo dependió de la conversión del cuerpo en fuerza de trabajo, es decir, en recurso productivo (Harvey, 2007). Este proceso implicó el disciplinamiento, la regulación de los tiempos corporales, el control de los desplazamientos y administración de la vida (Foucault; 2009) logrando así que el cuerpo moderno se configurara simultáneamente como instrumento económico y objeto de técnicas políticas que buscaban optimizar su utilidad. La modernidad, en tanto proyecto civilizatorio, no puede entonces, separarse de la producción histórica de cuerpos dóciles, medibles y administrables, ajustados a los ritmos de la fábrica, la escuela y el hospital.

Estas transformaciones adquieren un carácter más radical cuando se consideran las críticas contemporáneas a la modernidad, especialmente aquellas que subrayan su dimensión colonial y patriarcal. Autoras como Rita Segato (2017, 2018) señalan que la modernidad produjo un orden sexual jerarquizado en el cual los cuerpos de las mujeres y de los grupos subalternizados fueron situados como territorios de apropiación, disciplinamiento y violencia. La colonialidad del poder —aunque no elaborada conceptualmente por Segato en esos términos— opera transversalmente en sus análisis, evidenciando que la modernidad consolidó una matriz de dominación que se expresa en cuerpos racializados, feminizados y precarizados cuya integridad se subordina a los imperativos políticos y económicos del proyecto moderno.

Las tensiones entre modernidad y corporalidad se agudizan con la transición hacia el capitalismo tardío y su fase neoliberal. Para David Harvey (2007), el neoliberalismo representa un proceso global de restauración del poder de las élites económicas mediante la desregulación de mercados, la privatización de bienes públicos y la reorganización del trabajo, donde el cuerpo se reconfigura como una mercancía integral y su imagen, su salud, su fuerza productiva, su sexualidad y su afectividad se integran a circuitos de valorización económica. La propia subjetividad se convierte en capital humano y la vida se administra bajo modelos empresariales que exigen autogestión, rendimiento y productividad permanente.

Nancy Fraser (2023) denomina a este régimen “capitalismo caníbal” para destacar su tendencia a devorar los cimientos sociales que posibilitan la vida, tales como el trabajo de cuidados, los bienes comunes y la reproducción social. De esta manera, los cuerpos dejan de ser únicamente fuerza de trabajo para convertirse en recursos multisituados, es decir, cuerpos-mercancía, cuerpos-espectáculo, cuerpos-consumo y cuerpos-desechables. Este proceso implica la intensificación de la precarización material y simbólica, y produce nuevas formas de vulnerabilidad que se expresan corporalmente de manera diferencial según género, clase y raza.

El aporte de Roswitha Scholz (2013) sobre la “teoría del valor-dissociation” amplía esta lectura al mostrar que el capitalismo moderno no solo explota el trabajo remunerado, sino que se sostiene sobre una división sexual del trabajo que relega la reproducción y el cuidado — que son actividades corporales por excelencia— a una dimensión invisibilizada, feminizada y no remunerada. Así, la modernidad neoliberal no solo intensifica la explotación del cuerpo productivo, sino también la invisibilización estructural del cuerpo reproductivo y afectivo.

La articulación entre estos procesos económicos y las transformaciones culturales contemporáneas revela una dimensión adicional del cuerpo en la modernidad tardía. Fredric Jameson (1991) caracteriza al posmodernismo como la lógica cultural del capitalismo avanzado, en la cual la fragmentación, la superficialidad y la estetización

del consumo reconfiguran la percepción social del cuerpo. En este contexto, la corporalidad se convierte en superficie de inscripción estética y en un objeto de manipulación tecnológica que representa un símbolo de estatus, lo que refuerza la mercantilización señalada por Harvey y Fraser.

Este marco abre paso al análisis de las violencias extremas que caracterizan al capitalismo actual en regiones como América Latina. La narcocultura y las economías de violencia, muestran que la modernidad neoliberal no solo explota y mercantiliza los cuerpos, sino que también los convierte en instrumentos comunicativos de terror (Valencia, 2010), donde las formas de violencia extrema —mutilación, exhibición, desmembramiento— revelan la dimensión necropolítica de un sistema que produce cuerpos desechables, tal como lo anticipaba Segato (2018) al referirse a la pedagogía de la crueldad. La espectacularización de la violencia constituye, en este sentido, un dispositivo que no solo disciplina, sino que envía mensajes políticos en escenarios donde el Estado ha sido desplazado por economías ilegales y formas de soberanía fragmentada.

Así, la modernidad y su fase neoliberal reconfiguran el cuerpo como un territorio político atravesado por fuerzas económicas, dispositivos disciplinarios y nuevas formas de violencia. Comprender el cuerpo desde esta perspectiva implica reconocer que su producción no es neutral ni universal, sino resultado de complejas tensiones históricas que lo convierten en un espacio central para analizar la dominación y, al mismo tiempo, las posibilidades de resistencia social.

El cuerpo entre lo público y lo privado: genealogías feministas de una frontera política

La separación entre lo público y lo privado constituye uno de los pilares fundamentales de la modernidad occidental. Esta distinción, formulada con claridad por Hannah Arendt (2006), delimitó el espacio público como el ámbito de la acción, la palabra y la construcción del mundo común, mientras relegó al espacio privado el ámbito de la necesidad, la supervivencia y el mantenimiento de la vida. En este esquema, el cuerpo—como soporte de necesidades biológicas y reproductivas—fue desplazado hacia la esfera doméstica, separado del ejercicio político y de la visibilidad pública. Esta operación no fue meramente conceptual, sino profundamente material definiendo quién podía aparecer en el espacio público y bajo qué condiciones, produciendo una política de la presencia corporal que excluía sistemáticamente a ciertos sujetos.

La teoría feminista ha mostrado que esta separación no sólo es artificial, sino estructuralmente desigual. Como señala Gayle Rubin (1975), los sistemas de parentesco y las economías del intercambio sexual se sustentan en la subordinación de las mujeres, cuyo papel es definido por su capacidad reproductiva y su disponibilidad afectiva. La división público/privado, por lo tanto, no responde a diferencias naturales, sino a una estructura social que asigna a las mujeres el trabajo reproductivo y doméstico, mientras reserva para los varones la acción pública, la ciudadanía y la participación política. Arendt no tematizó explícitamente las relaciones de género, pero su conceptualización permite comprender cómo la modernidad legitimó y profundizó esta desigualdad mediante una arquitectura simbólica que ubicó a los cuerpos femeninos en un espacio de invisibilidad política.

El feminismo radical de la segunda ola desmontó esta construcción ideológica al sostener que “lo personal es político”, una afirmación que cuestiona la premisa según la cual el ámbito doméstico es un espacio libre de poder. La violencia doméstica, la regulación de la sexualidad, la división del trabajo y el control reproductivo demostraron que la esfera privada es, en realidad, un espacio profundamente atravesado por relaciones patriarcales.

En este sentido, la crítica feminista revela que el cuerpo nunca ha sido estrictamente privado sino que es objeto de vigilancia, de moralización y de intervención estatal, ya sea en políticas reproductivas, en regulaciones matrimoniales o en normas sexuales.

Los aportes de Pierre Bourdieu refuerzan este análisis al demostrar que la dominación masculina opera no sólo en las instituciones, sino también a nivel de la corporalidad. La internalización del *habitus* de género produce cuerpos diferenciados en posturas, gestos, disposiciones espaciales, que naturalizan la subordinación femenina y la autoridad masculina (Bourdieu, 2000). Esta dimensión corporal de la dominación muestra que la frontera entre lo público y lo privado está inscrita en el cuerpo mismo, generando que ciertas corporalidades sean moldeadas para circular en el espacio público, mientras que otras sean configuradas para permanecer en la invisibilidad doméstica.

Las críticas feministas posteriores profundizan esta genealogía al incorporar la dimensión tecnocientífica de la corporalidad. Donna Haraway (1995) desafía las fronteras modernas entre naturaleza y cultura mediante la figura del *cyborg*, una metáfora que desestabiliza las esencializaciones del cuerpo y muestra que éste es un ensamblaje híbrido producido por tecnologías, discursos científicos y relaciones de poder. Su perspectiva permite comprender que la dicotomía entre lo público y lo privado no sólo organiza la vida social, sino también la producción del conocimiento y la materialidad corporal. En un contexto de creciente medicalización, estandarización estética y biotecnologización del cuerpo, las fronteras entre lo íntimo y lo público se difuminan aún más, mostrando que la corporalidad está expuesta a múltiples formas de regulación estatal, biomédica y mercantil.

Por otra parte, los análisis de Rita Segato (2003, 2017, 2018) incorporan la dimensión de la violencia como forma extrema de intervención política sobre el cuerpo. Para la autora, el cuerpo femenino ha sido históricamente tratado como territorio de apropiación y como soporte de mensajes disciplinarios dirigidos a la comunidad, siendo las violencias que se ejercen sobre las mujeres no únicamente actos individuales, sino mecanismos estructurales que mantienen y reproducen el orden patriarcal. La pedagogía de la crueldad, concepto central en su obra, revela que el cuerpo de las mujeres es utilizado como superficie para comunicar poder, instaurar miedo y consolidar jerarquías sociales. Esto implica que la distinción público/privado se desbarate, pues el cuerpo privado se convierte en espacio público de inscripción de violencia, mensaje y soberanía.

Así, la frontera entre lo público y lo privado se presenta menos como un límite fijo que como una construcción política que organiza jerarquías, cuerpos y posibilidades de acción, cuya función no es describir una realidad empírica, sino producirla: al designar qué cuerpos pertenecen al ámbito de la necesidad y cuáles al de la acción, configurando así la modernidad un orden político que distribuye diferenciadamente la visibilidad, la movilidad y la ciudadanía. En esta lectura, la crítica feminista permite concluir que el cuerpo es un espacio eminentemente público, aun cuando se lo confíe a lo privado, pues las lógicas que regulan su existencia son sociales, políticas e institucionales.

Comprender el cuerpo como un territorio donde se entrecruzan fronteras construidas por el patriarcado, la modernidad y el capitalismo neoliberal permite avanzar hacia una lectura crítica de las violencias contemporáneas y de las formas emergentes de resistencia. Esta perspectiva prepara el terreno para analizar cómo la narcocultura, el capitalismo gore y la pedagogía de la crueldad intensifican la exposición pública del cuerpo desestabilizando las nociones clásicas de privacidad, autonomía y control.

Violencia, narcocultura y espectacularización del cuerpo en el capitalismo contemporáneo

El análisis de la violencia en América Latina, particularmente en México, exige comprender la manera en que el cuerpo se convierte en superficie de inscripción de mensajes políticos, económicos y territoriales. En las últimas décadas, la expansión de economías ilícitas, la precarización neoliberal, el debilitamiento del Estado y la circulación mediática de imágenes de violencia han configurado un escenario donde los cuerpos no solamente son objeto de agresión, sino también vehículos simbólicos de comunicación. La corporalidad, en este contexto, deja de ser un espacio privado y se transforma en un lenguaje público, expuesto, deshumanizado y, con frecuencia, consumible.

Este fenómeno puede explicarse a partir de lo que David Harvey (2007) denomina la racionalidad neoliberal, un régimen que mercantiliza todas las dimensiones de la vida —incluidos los cuerpos— al subordinar la existencia humana a las lógicas del mercado, la eficiencia y la competencia. La erosión de los lazos comunitarios, la precarización laboral y la desprotección social generan condiciones de vulnerabilidad que facilitan la proliferación de economías paralelas basadas en el control territorial y la violencia. En este sentido, el neoliberalismo no constituye simplemente una reconfiguración económica, sino una transformación profunda de las formas de subjetividad y de los usos del cuerpo en la vida social.

Sayak Valencia (2010), conceptualiza esta lógica como capitalismo gore, un modelo económico y cultural que se alimenta de la violencia extrema, la exhibición pública del dolor y la circulación de cuerpos mutilados como mercancías simbólicas. En el capitalismo gore, la violencia deja de estar contenida por normas estatales o sociales y se integra como recurso de acumulación, prestigio y control. Las imágenes de cuerpos desmembrados, los “mensajes” que acompañan escenas de muerte y la estetización de la violencia en medios de comunicación configuran un régimen en el cual el cuerpo se vuelve espectáculo, dispositivo narrativo y unidad de intercambio. El narcomensaje, como elemento central de esta lógica, es un acto performativo que utiliza el cuerpo como un soporte textual donde la materialidad del dolor se convierte en escritura y estrategia comunicativa.

La lectura de Valencia dialoga estrechamente con la propuesta de Rita Segato (2017, 2018), para quien la violencia extrema no debe analizarse como una desviación, sino como un dispositivo político y estructural. Segato sostiene que la violencia ejercida sobre los cuerpos —especialmente sobre los cuerpos feminizados— tiene una función comunicativa, siendo una “pedagogía de la crueldad” dirigida no sólo a la víctima, sino a la comunidad. A través del dolor encarnado, se transmite un mensaje de poder y se fijan jerarquías de dominación. La violencia, en este sentido, no es un acto individual, sino un acto público que se inscribe en el espacio social mediante el cuerpo de la otra. Esta pedagogía constituye una tecnología de gobierno que busca disciplinar, someter y aterrorizar, produciendo cuerpos ejemplares cuya exposición sirve para regular el comportamiento colectivo.

El vínculo entre capitalismo gore (Valencia, 2010) y pedagogía de la crueldad (Segato, 2003) permite comprender que la violencia extrema contra los cuerpos no es aleatoria, sino una operación política y económica que reconfigura el espacio público. La exhibición del cuerpo torturado en plazas, caminos o redes sociales constituye una forma de ocupación territorial cuyo mensaje central recae sobre la idea de que quien controla los cuerpos controla el territorio simbólico. Así, la violencia física se convierte en una forma de soberanía que compite con la del Estado y el cuerpo violentado no sólo pierde integridad material, sino también agencia simbólica, siendo utilizado como instrumento para delimitar zonas de influencia, advertir a rivales y disciplinar a comunidades enteras.

Este proceso encuentra un correlato en la lógica cultural descrita por Jameson (1991), quien caracteriza el capitalismo tardío por su estetización generalizada. En el caso mexicano, la narcocultura incorpora esta estetización al convertir la violencia en narrativa mediática, espectáculo musical y estética visual. Las representaciones del poder narco —vehículos de lujo, armas, cirugías estéticas, “cuerpos buchones”, escenas de exceso— construyen un imaginario aspiracional en el que el cuerpo funciona como signo de estatus y pertenencia, integrando la violencia corporal a un circuito cultural donde se codifica, se estetiza y se reproduce en prácticas cotidianas, videojuegos, música y redes sociales.

La espectacularización del cuerpo violento no puede separarse de las desigualdades estructurales que caracterizan al capitalismo neoliberal. Nancy Fraser (2023) señala que el “capitalismo caníbal” devora las condiciones que hacen posible la vida social, entre ellas el cuidado, la seguridad y la protección institucional. En contextos donde el Estado se retrae y las economías ilegales ocupan sus vacíos, la violencia corporal se convierte en mecanismo de regulación social y forma alternativa de orden. Asimismo, la lectura de Scholz (2013) evidencia que la economía moderna depende de cuerpos feminizados y racializados para mantener las tareas de reproducción social, mientras que un número creciente de cuerpos masculinizados y precarizados se integran a economías violentas donde el riesgo y la muerte son parte del intercambio.

La violencia extrema sobre los cuerpos feminizados adquiere, en este marco, un significado particular. Como explica Segato (2003), la violencia sexual y feminizada no es un acto aislado, sino una práctica de dominación que reafirma un orden patriarcal y colonial. La narcocultura exagera estas formas de violencia al integrar a las mujeres en circuitos de consumo y exhibición que comercializan su corporalidad. La figura de la “buchona”, por ejemplo, materializa un ideal estético construido a partir de procedimientos quirúrgicos, hipersexualización y marcas de consumo; pero también expone la vulnerabilidad de estos cuerpos en un régimen donde la violencia y la espectacularización se entrelazan.

En suma, la violencia contemporánea en México refleja procesos globales donde el cuerpo se convierte en territorio de disputa, recurso económico y dispositivo político. El capitalismo gore, la precarización neoliberal y la pedagogía de la crueldad producen un escenario en el cual la corporalidad es visibilizada, fragmentada y consumida públicamente. La narcocultura intensifica esta dinámica al integrar la violencia en imaginarios estéticos y aspiracionales, borrando los límites entre lo público y lo privado, entre el dolor y el espectáculo. Comprender este proceso exige reconocer que el cuerpo, en el capitalismo contemporáneo, no es únicamente objeto de violencia, sino un lenguaje mediante el cual se organiza y se disputa la soberanía en contextos marcados por la desigualdad y la fragmentación estatal.

Cuerpo-territorio y geografía feminista: hacia una política encarnada de la resistencia

La creciente visibilización de las violencias corporales en el contexto latinoamericano ha llevado a diversos feminismos, particularmente a los feminismos comunitarios y decoloniales, a replantear la relación entre cuerpo, territorio y soberanía, articulando una crítica que trasciende la visión liberal del cuerpo como propiedad individual. Desde estas perspectivas, el cuerpo no es únicamente una entidad biológica o un soporte subjetivo, sino un territorio político, atravesado por disputas históricas, inscripciones coloniales y economías de despojo.

La noción de cuerpo-territorio, ampliamente desarrollada en los movimientos feministas comunitarios de Abya Yala, permite comprender cómo el cuerpo se convierte simultáneamente en lugar de dominación y en una fuente de resistencia, especialmente en geografías marcadas por la colonización, el extractivismo y la violencia extrema.

La lectura feminista del territorio desestabiliza la clásica dicotomía moderno-liberal entre cuerpo y espacio. Tal como sostiene Arendt (2006), la aparición en el espacio público depende de condiciones materiales y simbólicas que permiten al cuerpo mostrarse, hablar y actuar. Sin embargo, esta premisa presupone una igualdad de acceso que la realidad latinoamericana desmiente donde no todos los cuerpos pueden aparecer en el espacio público sin exponerse a la violencia, la criminalización o la desaparición. En este sentido, los feminismos territoriales argumentan que el cuerpo es el primer territorio porque es el espacio donde se experimentan directamente las formas de despojo y violencia que luego se proyectan sobre la tierra, la comunidad y la vida colectiva.

Rita Segato (2018) proporciona un marco fundamental para comprender esta articulación al sostener que la violencia patriarcal opera sobre los cuerpos como forma de dominación territorial. La pedagogía de la crueldad transforma el cuerpo, especialmente el cuerpo feminizado, en un espacio donde se inscriben relaciones de poder que buscan disciplinar a la comunidad. El cuerpo-territorio, desde esta lectura, no es una metáfora, sino un hecho político y la ocupación violenta del cuerpo es parte del mismo continuum de desposesión que habilita el extractivismo económico, la militarización y la expansión del narcopoder. La violencia se territorializa corporalmente, y el territorio reproduce esa violencia simbólicamente.

Este vínculo entre cuerpo y territorio también puede leerse desde las lógicas del capitalismo contemporáneo. El neoliberalismo, en tanto régimen que mercantiliza todas las esferas de la vida (Harvey, 2007), produce cuerpos hiperexpuestos y territorios precarizados, sometidos a múltiples formas de explotación. Nancy Fraser (2023) describe esta dinámica como parte de su capitalismo caníbal, cuya expansión requiere devorar los soportes que sostienen la vida social, es decir, la reproducción, la tierra, los bienes comunes y los cuerpos. Desde esta perspectiva, la violencia extrema y la privatización de territorios rurales, así como la explotación laboral en centros urbanos, se articulan con la colonización del cuerpo y de los afectos, generando una continuidad entre el despojo material y el simbólico.

Asimismo, la teoría social feminista permite comprender que el territorio no sólo se disputa en términos materiales, sino también en términos simbólicos y afectivos. De acuerdo con Bourdieu (2000), las disposiciones incorporadas moldean la manera en que los cuerpos habitan el espacio, lo que significa que las desigualdades territoriales también se reproducen corporalmente. En territorios atravesados por la violencia, el miedo, la movilidad restringida y la vigilancia constante se inscriben en el cuerpo mediante habitus de autoprotección, retraimiento o hipervigilancia. La geografía feminista profundiza esta lectura mostrando que la violencia espacial es también violencia corporal: el cierre de espacios públicos, la militarización de barrios y la inseguridad cotidiana condicionan la experiencia encarnada del territorio.

Los feminismos comunitarios de Abya Yala han formulado esta relación de manera radical, al sostener que el cuerpo-territorio es el primer espacio de autodeterminación. La defensa del territorio implica, por tanto, la defensa de los cuerpos que lo habitan, especialmente de los cuerpos feminizados que históricamente han sido objeto de violencia colonial, patriarcal y económica. Esta perspectiva permite identificar que las luchas territoriales —contra

megaproyectos, economías extractivas o formas ilícitas de control— son también luchas por la integridad corporal y la reproducción comunitaria. La violencia sobre el cuerpo es la primera fase del despojo; la resistencia corporal es la primera fase de la reterritorialización.

En este sentido, la narcoviencia y el capitalismo gore descritos por Valencia (2010) pueden analizarse como formas extremas de territorialización violenta del cuerpo. La exhibición pública de cuerpos mutilados, su circulación en redes sociales o su utilización como mensajes narcopolíticos no sólo expresan una forma de poder soberano sobre la vida y la muerte, sino que también transforma cuerpos y territorios en espacios de disputa simbólica. La violencia convierte el territorio en un escenario donde la soberanía criminal se afirma mediante la destrucción del cuerpo, y convierte el cuerpo en un mapa donde se delinean fronteras de poder. Esta dinámica se intensifica en geografías donde las instituciones estatales han sido debilitadas, generando territorios fragmentados en los que diferentes actores ejercen control mediante violencias encarnadas.

Frente a este escenario, los feminismos territoriales plantean alternativas que reconfiguran el cuerpo como espacio de resistencia y reexistencia. La recuperación del cuerpo-territorio implica prácticas comunitarias de sanación, memoria, autocuidado y reconstrucción colectiva que desafían la lógica de despojo y fragmentación. Estas prácticas no sólo reivindican la integridad corporal, sino también la agencia política encarnada que permite a comunidades enteras disputar los sentidos del territorio frente a la violencia neoliberal, patriarcal y narcoeconómica. La defensa del cuerpo-territorio se vuelve, así, una estrategia de soberanía que articula la lucha por la vida, la tierra y la comunidad.

La noción de cuerpo-territorio ofrece una clave analítica indispensable para comprender las formas contemporáneas de violencia y resistencia en América Latina. Esta perspectiva muestra que el cuerpo no es únicamente objeto de políticas de disciplinamiento y mercantilización, sino también el primer espacio desde el cual se construyen alternativas comunitarias que desafían la fragmentación neoliberal y la pedagogía de la crueldad. El cuerpo-territorio, al integrar geografía feminista, crítica decolonial y análisis económico-político, se posiciona como un concepto central para pensar las disputas actuales sobre la vida, la soberanía y la dignidad en contextos atravesados por la violencia extrema.

Conclusiones

El análisis desarrollado a lo largo del artículo demuestra que el cuerpo constituye un espacio político central para comprender las dinámicas contemporáneas de poder, violencia y resistencia en el marco de la modernidad y su fase neoliberal. Lejos de ser un ámbito privado, el cuerpo emerge como un territorio donde se articulan formas históricas de disciplinamiento, dispositivos económicos de mercantilización, inscripciones simbólicas de género y prácticas extremas de violencia que redefinen tanto la vida social como la configuración del espacio público.

Bajo esta premisa, se logra identificar que la modernidad instituyó una ontología dualista que separó cuerpo y razón, naturaleza y cultura, necesidad y acción (Arendt, 2006; Rist, 2002). Dicha separación, lejos de ser descriptiva, funcionó como fundamento político para ubicar a ciertos sujetos y sus cuerpos en posiciones de subordinación. La crítica feminista evidenció que esta arquitectura conceptual permitió consolidar una división público/privado que invisibilizó el trabajo reproductivo naturalizando la subordinación de las mujeres y legitimando instituciones que administraron la corporalidad como un recurso funcional al proyecto moderno (Bourdieu, 2000; Rubin, 1975; Haraway, 1995).

En el tránsito hacia el neoliberalismo, la corporalidad se reconfigura como mercancía integral. La lógica del “capitalismo caníbal” (Fraser, 2023) y la acumulación por desposesión (Harvey, 2007) profundizan la instrumentalización del cuerpo, convirtiéndolo en capital humano, imagen consumible y recurso afectivo. La teoría del valor-dissociation (Scholz, 2013) mostró que esta mercantilización opera mediante jerarquías de género que invisibilizan los cuerpos encargados de la reproducción social. En este escenario, los cuerpos se integran simultáneamente a circuitos de explotación económica, precarización material y estandarización estética, configurando un régimen donde la vida corporal está subordinada a criterios de rentabilidad y rendimiento.

La articulación entre neoliberalismo, violencia y narcocultura evidenció que el cuerpo no sólo es explotado, sino también destruido y espectacularizado. El capitalismo gore (Valencia, 2010) y la pedagogía de la crueldad (Segato, 2003, 2017, 2018) muestran que la violencia extrema convierte al cuerpo en mensaje político, instrumento de soberanía criminal y mercancía simbólica. La narcocultura participa de este proceso al estetizar la violencia corporal y producir imaginarios aspiracionales que normalizan la exposición del dolor y la muerte como formas de poder, éxito o prestigio, observando así que la violencia no opera únicamente en la dimensión física, sino también en la dimensión semiótica y estética, reconfigurando el espacio público mediante inscripciones corporales de terror.

Finalmente, la noción de cuerpo-territorio y las aportaciones de la geografía feminista permiten proponer un marco alternativo para analizar la relación entre corporalidad, espacio y resistencias. Desde los feminismos comunitarios, el cuerpo se entiende como primer territorio de soberanía, pero también como el primer espacio donde se experimentan los efectos del despojo colonial, patriarcal y neoliberal. La violencia sobre el cuerpo constituye el inicio del despojo territorial, mientras que su defensa encarnada inaugura formas de reexistencia que desafían la fragmentación neoliberal y reconstruyen el tejido comunitario. Esta perspectiva revela que las luchas por el territorio, la memoria y la autonomía no pueden separarse de las luchas por la integridad corporal.

En conjunto, esto nos permite plantear una tesis que refiere al cuerpo como el locus privilegiado para comprender las tensiones centrales de la modernidad neoliberal, pues en él se condensan los procesos de disciplinamiento, expropiación económica, violencia extrema y resistencia comunitaria. La corporalidad emerge, así, como espacio de disputa estratégica donde se enfrentan proyectos de vida y proyectos de muerte, economías del cuidado y economías del despojo, soberanías comunitarias y soberanías criminales.

De esta lectura se desprenden tres aportes centrales. En primer lugar, la necesidad de superar el mito liberal de la división público/privado, pues el cuerpo siempre ha sido un espacio público regulado por instituciones, mercados y violencias. En segundo lugar, la urgencia de analizar el vínculo entre violencia y economía política, reconociendo que la mercantilización y destrucción de cuerpos responde a lógicas estructurales del capitalismo contemporáneo y finalmente, en tercer lugar, la importancia de integrar las perspectivas de los feminismos comunitarios y decoloniales, ya que ofrecen marcos analíticos capaces de comprender la complejidad territorial de las resistencias corporales en América Latina.

Con ello, el cuerpo no sólo refleja las tensiones del orden social, sino que las constituye. Su estudio permite comprender las formas actuales de dominación y, al mismo tiempo, las posibilidades emergentes de transformación. El cuerpo-territorio, como categoría política y epistémica, se presenta como un horizonte desde el cual pensar alternativas que devuelvan centralidad a la vida, la dignidad y la soberanía colectiva en un mundo marcado por la crisis permanente del capitalismo neoliberal.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arendt, H. (2006). *La condición humana* (A. Beriaín, Trad.). Paidós. (Trabajo original publicado en 1958).
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina* (R. Alcalde, Trad.). Anagrama.
- Foucault, M. (2009). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión* (A. Garzón, Trad.). Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1975).
- Fraser, N. (2023). *Capitalismo caníbal: Cómo nuestro sistema está devorando la democracia, el planeta y la vida misma*. Herder.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza*. Cátedra.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Akal.
- Jameson, F. (1991). *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Paidós.
- Rist, G. (2002). *El desarrollo: Historia de una creencia occidental*. Los Libros de la Catarata.
- Rubin, G. (1975). The traffic in women: Notes on the “political economy” of sex. En R. Reiter (Ed.), *Toward an anthropology of women* (pp. 157–210). Monthly Review Press.
- Scholz, R. (2013). *El sexo del capitalismo: Feminismo y teoría de la disociación-valor*. Traficantes de Sueños.
- Segato, R. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia: Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Segato, R. (2017). *La guerra contra las mujeres*. Traficantes de Sueños.
- Segato, R. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Prometeo.
- Valencia, S. (2010). *Capitalismo gore*. Melusina.